

CRISTÓBAL COLÓN, DESCUBRIDOR MESIÁNICO Y COMPILADOR DE PROFECÍAS

«¡Ea, judíos, a enfardelar: que mandan los Reyes que paséis la mar!». Era un villancico muy popular en la Andalucía del siglo XV. Eran cuartetos sarcásticos que se burlaban de la vida de cada día, como la esencia de la vida cotidiana. ¿Anduvo también Cristóbal Colón por la vieja judería de Sevilla, cerca de los jardines árabes del alcázar, donde un monumento asocia su recuerdo al de los Reyes Católicos? ¿Se quedó Colón indiferente al drama que vivían los habitantes judíos de la ciudad o estaba completamente envuelto en su sueño? ¿O se junta todo, acelerando el drama el advenimiento del sueño? Colón está allí, está en Sevilla, en Córdoba, en Salamanca, en Santa Fe, en Granada, en el corazón de las pasiones contemporáneas, siguiendo a la Corte en sus peregrinaciones y multiplicando las gestiones.

En mayo de 1486, nueve meses después de su llegada a Castilla, la reina Isabel recibe a Colón en Córdoba, donde se encuentra con su futura compañera, Beatriz. Como en Lisboa, se designa una comisión de peritos que está indecisa, igual que los Reyes: Isabel está tentada, Fernando vacila. En todo caso, se coloca al genovés en la reserva y se le otorga una pensión de doce mil maravedíes al año: bastante para salir de la miseria y esperar, sin abandonar el sueño. Ya que tarda la respuesta real, este europeo anticipado llama a otras puertas e ignora las fronteras; prefiere jugar con las rivalidades. En 1488, está en Portugal y ofrece sus servicios al rey Juan II pero, casi al mismo tiempo, el regreso a Lisboa de Bartolomé Dias le quita cualquier esperanza.

¿Para qué cansarse en la búsqueda de la India a todo precio por el oeste cuando se abre el camino por el sur, por África, por el cabo de Buena Esperanza? Sin vergüenza, obsesionado por su sueño, por su quimera, Colón se dirige a los competidores. Encarga a su hermano Bartomeu viajar por la Europa del norte en las cortes del inglés Enrique VII y del francés Carlos VIII. Nuevo fracaso y regreso

al punto de partida, España... Colón va haciéndose prosélitos, con paciencia construye su red de influencias, alianza hábil de Franciscanos y Dominicos. Sin embargo, a fines de 1490, el veredicto de los peritos es un golpe para este “no letrado” cuyo viaje parece ser una total utopía ya que, si fuera posible, duraría por lo menos tres años. Con tenacidad, Colón mantiene la presión porque no tiene alternativa. A fines de 1491 y en enero de 1492, las cosas van con más rapidez. Con la ayuda de sus amigos, se designa una nueva comisión e Isabel acepta su decisión, pero Colón es un negociador difícil y su paciencia tiene un precio exorbitante: quiere ser almirante del mar océano, almirante de Castilla, virrey de Indias, gobernador de todas las tierras descubiertas. También pide una participación masiva en todos los provechos. La subasta no cesa de subir hasta la ruptura en marzo de 1492. Se marcha Colón, en su mula dicen los testigos, solitario y orgulloso, envuelto en su dignidad y su megalomanía. Acto de gran audacia que concluye con una especie de *happy end*, digno de un melodrama romántico: un criado de Isabel lo encuentra en el camino; acaba de triunfar...

El 17 de abril de 1492, empieza la elaboración de las capitulaciones por las que los Reyes aceptan sus exigencias. Misteriosos los motivos de este brusco cambio, siempre han inspirado a los novelistas que gustan mucho de la pareja mítica Isabel-Colón. Pero la verdad de los historiadores nos trae de vuelta a la tragedia, ya que la anécdota biográfica está sellada con el drama colectivo. A fines de 1491, cuando capitulan los moros, el destino de Colón cambia. En marzo de 1492, vuelve hacia España mientras que se prepara el edicto de expulsión de los judíos. El 2 de enero de 1492, está Colón en Granada cuando se alzan los estandartes de Castilla y Aragón encima de las torres de la Alhambra y está presente cuando el emir Boabdil besa las manos de sus vencedores. El 17 de abril, el hombre a quien dicta Colón sus exigencias para las capitulaciones es el mismo que dos semanas antes había acabado de escribir el edicto de expulsión el 31 de marzo, Juan de Coloma, secretario de los Reyes. En fin, que el 3 de agosto, cuando las tres naves dejan el puerto de Palos, otros barcos, en Cádiz y en otros puertos, llevan para un exilio sin retorno a millares de adultos, niños y ancianos judíos cuyo plazo de expulsión llegaba a término el 31 de julio. Los Reyes habían otorgado un plazo de gracia de dos días más a los judíos de España. Colón, cuyo nombre será asociado al drama de las civiliza-

ciones amerindias, surge entonces en la encrucijada de los dramas moro y judío. Después de diez años de guerra, la caída de Granada marca el fin del Islam de occidente, arraigado desde hace ocho siglos en la tierra ibérica, tolerante y brillante, puente intelectual y científico para los clásicos griegos y latinos, descubiertos una segunda vez gracias a los traductores judíos. La expulsión de España es para los judíos el último acto de un rechazo que ya había golpeado en Inglaterra en 1290 y en Francia en 1306. Significa el abandono de una patria milenaria que volverá a florecer en África del Norte, en el mundo mediterráneo, en los Balcanes y en las Américas, en las comunidades sefardíes.

Sobre el judaísmo de Colón, el debate queda ampliamente abierto, con algunas variantes: Colón sería de origen judío pero nacido cristiano, sería judío converso hecho católico sincero o cristiano nuevo secretamente judaizante. No hay absoluta certidumbre y es asunto de interpretación o de convicción. Bajo esta perspectiva, la tesis judía puede ser más fuerte y junta a los mejores colombistas españoles. A primera vista, ¿cómo dudar del origen judío de Colón? Al abandonar Cristóbal por Christopherens —el porta-Cristo— Colón coloca su obra bajo el signo de la Santa Trinidad. En sus textos, hasta felicita a los Reyes por haber «destruido a los que no querían confesar al Padre, al Hijo y al Espíritu santo». Peor aún: cuando sus adversarios van triunfando, no vacila Colón en denunciarlos como conversos. Uno de ellos, Ximeno, al que el Almirante golpea en público, recibe esta frase poco generosa: «es de la raza de los que se ayudan entre sí hasta la muerte, a la vida», en una carta dirigida a los Reyes. En 1499, en la isla de Hispaniola, cuando tiene que afrontar una revuelta liderada por Francisco Roldán, escribe a los Reyes que los amigos de éste son «casi todos conversos» y añade: «siempre quise luchar contra los enemigos de nuestra Santa Fe». Sin embargo, este aventurero listo maneja el equívoco con gran inteligencia y sigue citando el Antiguo Testamento. Cuando se pone a redactar su *Libro de las profecías* en el alba del siglo XVI, afirma la filiación de una glosa, escrita por un judío converso, Nicolás de Lira, al que cita bajo su nombre de origen, rabí Samuel. Al anunciar que unos «ciento cincuenta años» separan su época del fin del mundo, se basa curiosamente Colón en cálculos del calendario hebraico. Durante su cuarto viaje, el último antes de su muerte, Colón se duerme, agotado y desamparado. Cuenta entonces que

una voz «muy compadeciente» le susurró que «Dios de pastor hizo rey de Judea...» y le dijo: «Vuelve hacia Él y admite tu error». Se podría hallar aquí el propósito ambiguo, oscuro, culpabilizado de un judío secreto. También es de recalcar que los apoyos que Colón recibe de su red de amigos e influencias, clérigos o legos, son en su mayoría de origen judío o conversos. Se puede citar a Antonio Marchena, el franciscano cosmógrafo que nunca le faltó, Diego Deza, el confesor dominico de Isabel, Luis de Santángel, el superintendente de hacienda y también Beatriz, la fiel compañera de origen portugués.

Sin embargo, se complica la confusión cuando Diego Deza viene a ser inquisidor general, sucediendo al terrible Torquemada. Por otra parte, Hernando de Talavera, uno de los adversarios de Colón, presidente de la comisión de peritos, es judío por su madre. Nombrado arzobispo de Granada en 1492, es un hombre más abierto que muchos otros —pide de su clero que aprenda la lengua árabe y sirve de ejemplo— y escapa de las persecuciones inquisitoriales gracias a una intervención de Roma. Colón aparece bien como un hombre de su tiempo, inmerso en sus dramas. Es un tiempo mesiánico en que las fronteras religiosas son todavía inciertas y las conversiones ambiguas porque son forzadas. Es un tiempo en el que la excepción española, bajo la presión de un antisemitismo popular, produce una nueva herejía, el marranismo de los cristianos que siguen judaizando e inventan para sí mismos una identidad plural en el disimulo y el secreto mortal. Es un tiempo de exaltación en el que la caída de Granada suscita en los cristianos una iluminación mística, dentro de la cual algunos ven en el rey Fernando el rey de los últimos tiempos. Los judíos proyectan sobre el Oriente turco sus esperanzas volviendo el mito cristiano del anticristo contra el cristianismo. Seguro de haber sido escogido por la Providencia, Colón el autodidacta se nutre con estas fuentes contradictorias. Elegido por Dios en una época sincrética a pesar suyo, Colón imagina que podrá rehacer lo que ha sido destruido. Es un aventurero y, en sus propias palabras, un hombre que «desea conocer los secretos del mundo» y ampliar su conocimiento del mundo material y espiritual a la vez. En la perspectiva de su época, los dos se confunden a veces. Por ejemplo, durante el tercer viaje, cuando llega al Orinoco, admite Colón la hipótesis de que este río inmenso sale del paraíso

terrenal. La abundancia de las aguas, la calidad del aire concuerdan con la representación legendaria del Edén de los mapas.

Se nota una casi obsesión por los textos sagrados, sobre todo los del Antiguo Testamento. A este respecto, lo más interesante es el *Libro de las profecías*. Antes de entrar en este camino misterioso, recordemos algunas palabras exaltadas sacadas del diario de a bordo, fechadas el 23 de septiembre de 1492, cuando faltaba viento: «El mar se alzó sin ningún viento. Esto sorprendió a todos. Era un signo, como en tiempos de los judíos, cuando salieron de Egipto detrás de Moisés». Durante el último viaje hacia las costas de Panamá, los indios se rebelan, la situación parece desesperada y Colón escribe a los Reyes una carta en la que está omnipresente el Dios de todos y las alusiones bíblicas son numerosas. Si bien se sabe que los abuelos del descubridor eran cristianos y nacidos en Liguria, la familia de origen era probablemente judía, o más exactamente conversa, oriunda de la península ibérica y refugiada en Génova después de las matanzas de 1391. No hay pruebas, y lo que se toma a veces por signos de judío podría aplicarse a muchos cristianos viejos. El nombre del rey David estaba en todos los labios, en particular en Cataluña y Aragón, donde una profecía designaba a Fernando como el «nuevo David» capaz de restablecer la cristiandad en Jerusalén.

Esta atmósfera mesiánica se había reforzado desde la predicación en el siglo XII del eremita calabrés Joaquín de Flora que hablaba de la inminencia de la era del espíritu y de un renacimiento de la Iglesia. Los franciscanos aceptaron de buena gana la idea de ser los instrumentos providenciales de la profecía mientras se difundía por toda Europa una literatura mesiánica, sobre todo en la península ibérica. Afirmaba sus vínculos con un fragmento del Apocalipsis en que se anuncia que después de una victoria sobre el Dragón del Mal, un rey mesiánico juntaría en Jerusalén a los elegidos de los últimos días al lado de Cristo por mil años. Los círculos franciscanos que frecuentaba Colón, ante todo los del monasterio de La Rábida, estaban llenos de este milenarismo, los primeros misioneros de México también. Nadie veía en eso huella de herejía o ignorancia. El *Libro de las profecías* está fechado en 1501, o sea en aquel período antes del último viaje de Colón. Siguió escribiéndolo hasta 1504. El título, casi seguramente de la propia mano de Colón, está encabezando la compilación. Ésta empieza por una carta dirigida a

los Reyes Católicos, mero esbozo de la que no se sabe si fue mandada de verdad. Colón siente la necesidad de justificar su misión y de definirla con claridad mientras que acaba de perder su título de virrey de Indias. Aprovecha una estancia en Las Cuevas, cerca de Sevilla, y los consejos del padre Gorrício. Ante todo, subraya la dimensión religiosa de su aventura: se trata de abrir un camino nuevo hacia Jerusalén, de facilitar el acceso a la «santa casa de Sión», de llevar la palabra santa de la Escritura a los paganos y de preparar el advenimiento de los últimos tiempos. En el *Libro de las profecías* muchos textos están escritos en latín y lo esencial parece ser el paralelismo subyacente al descubrimiento y a los textos bíblicos que se relacionan con la propagación de la fe por el universo. Notemos en particular el salmo 46. Otros pasajes remiten a los salmos y profecías, siendo Isaías el profeta más importante para Colón. Recuerda además el célebre diálogo entre rabí Samuel y rabí Isaac, ambos judíos marroquíes que se convirtieron al cristianismo. Rabí Samuel es Nicolás de Lira, el franciscano cuya exégesis de los Evangelios dominaba en la cristiandad. Luego, Colón remite al profeta Jeremías que anunciaba la llegada de las naciones a la «santa casa». Después de mencionar la *Imago mundi* de Pedro de Ailly, Colón hace una digresión interesante: expresa su sorpresa ante el hecho de que un papa haya criticado los textos de Joaquín de Flora, ya que éste tuvo razón al prever el fracaso de las cruzadas en Tierra Santa. Colón anuncia con fervor la llegada de un emperador cristiano, sin duda Fernando el Católico, que se establecerá en Jerusalén: «entonces aparecerá el anticristo, el hijo de perdicción». También hay una alusión a las diez tribus perdidas del reino de Israel que fueron rechazadas hacia Asiria un poco antes de las dos tribus del reino de Judá. Sólo éstas volvieron del exilio. Muchos cristianos del tiempo de Colón asumían que los indios eran los descendientes de las tribus perdidas, ya que era una necesidad casi metafísica vincularlos con la historia humana y, acerca de los indios, Colón cita a Isaías, capítulo 27. La historia santa enseñaba que todos los hombres habían sobrevivido a la experiencia del diluvio y que todos habían salido del arca de Noé. ¿Cómo se podía imaginar entonces que Dios hubiera podido dejar fuera de su plan de redención pueblos enteros por su alejamiento en el espacio, despojándolos de la noticia de la salvación?

Es característico también que Colón haya estudiado y apuntado

el cuarto libro de Esdras, parándose en un versículo (6,42) que conducía a la conclusión de que una séptima parte de la tierra estaba cubierta con agua y que quedaban tierras por descubrir. Siguiendo con el estudio del cuarto libro, Colón se detiene más en los versículos que evocan a las tribus perdidas (13,40-42) y podemos imaginar que el almirante, apasionado y ambicioso, soñaba con volver a encontrarlas para convertirlas a la verdadera fe cristiana... El libro, texto apócrifo que los Padres de la Iglesia respetaban mucho, menciona en el capítulo 14 a las tribus y cuenta que después de su llegada a Mesopotamia, la muchedumbre de los refugiados cruzó milagrosamente el Éufrates y se dirigió hacia el Oriente; de allí, pensaban, los emigrantes llegaron a las regiones septentrionales por donde el Nuevo Mundo se vincula con Asia. Luego, penetraron en América. Los misioneros defendían esta tesis al comprobar que los indios toltecas mantenían también su propia tradición del diluvio y del éxodo y algunos de ellos practicaban la circuncisión ritual. Por otra parte, los aztecas decían que habían transportado antaño a su dios Uitzilopotchtli en un arca sagrada. Sus argumentos parecieron tan convincentes en aquel momento que no recibieron el derecho de publicar sus reflexiones por miedo a que los conversos sacaran algún orgullo de este parentesco con los indios...

Cabe recalcar que Esdras es la forma helenizada de Ezra en la Vulgata, donde Nehemías es el segundo libro de Esdras. La intensa religiosidad geográfica de Colón se expresaba en su interés casi exclusivo por el libro cuarto: se trata de textos que constituyen un apocalipsis, suplemento al libro tradicional de Ezra en el Antiguo Testamento. Semejante interés de Colón por un texto que sólo le era asequible mediante la Vulgata parece indicar que no era un verdadero marrano ya que las fuentes hebraicas más tradicionales hubieran constituido un testimonio más evidente de la filiación judía de Colón. Parece haber encontrado en Esdras más que un simple argumento geográfico. Colón afirma que hay dos categorías de judíos en el mundo: unos recibieron la revelación cristiana y otros no, pero los primeros, a pesar de ser bautizados, permanecen judíos. Al lado de este concepto cristiano racista, encontramos una concepción de la revelación que coloca al místico Esdras en el centro. La nota manuscrita de Colón indica que la aceptación del texto apócrifo de Esdras, cual una verdadera profecía, distingue a los cristianos nuevos de los judíos reprobados que rechazan a Esdras

mientras siguen aceptando a Ezra. Para Colón, Ezra y Esdras son el mismo. Para él, rechazar la visión apócrifa de Esdras sería rechazar al Dios de los profetas y el resultado sería el mismo: los judíos rabínicos de España han de ser las diez tribus perdidas de la época moderna. Uno puede preguntarse si Colón escribió eso antes o después de la expulsión de 1492.

El libro de Esdras trae una información concreta sobre las tribus perdidas y Colón no pudo haberlo dejado de comprobar. En los versículos 13,2-5, el texto dice que la muchedumbre es llevada por un hombre venido del océano y que otra muchedumbre, más pacífica, viene hacia él, ofreciéndole esclavos. Colón se vio seguramente a sí mismo en esta visión del encuentro de dos mundos, después de sus viajes por las costas de Guinea durante sus años de juventud en Portugal. Para Esdras, el «hombre del océano» está identificado con «al que Dios mantuvo en espera y que vendrá a salvar a la criatura» (13,26), o sea el Mesías. ¿Eran mesiánicas las pretensiones de Colón? El descubridor era seguramente un hombre dotado de una gran ambición, de una extrema convicción y de una confianza absoluta en su propio destino. Si se añaden los ardores mesiánicos de su época, uno tiene que ver en su personalidad tendencias milenaristas fundamentales. Es posible que Colón se haya visto como un profeta, encargado de la misión de cumplir con la profecía de Isaías y ser el representante de Dios, demostrando así una antigua concepción del Nuevo Mundo. El espíritu móvil del “porta-Cristo” sigue edificando sueños grandiosos fundados en la idea de que la humanidad estaba entrando en una especie de tercera edad, donde la Iglesia visible, renovada por una orden religiosa con la que se identificaron los franciscanos, haría reinar un Evangelio eterno en el mundo entero. Sería entonces el fin del mundo y era también el momento de poner en marcha la otra gran aventura paralela: la reconquista del Santo Sepulcro.

La compilación del *Libro de las profecías*— un manuscrito de 84 hojas, de las que 14 desaparecieron, conservado en la Biblioteca Colombina de Sevilla, se estructura en dos aspectos esenciales: es la recuperación de la santa ciudad de Sión y la conversión de las Indias y de todos los pueblos. Además, hay que combatir para restituir la casa de Sión a la Iglesia. Los Reyes han de contribuir al cumplimiento de las profecías para lo universal de la salvación. Cuanto más progresa Colón en su obra de compilación, tanto más

se convence de que la restauración de la cristiandad se vincula con el destino de Jerusalén. Los salmos y los profetas que glosa están llenos de esta perspectiva de la llegada de los gentiles a la capital de Sión. Estas dimensiones universalistas de Israel han sido recuperadas por la Iglesia, el «nuevo Israel», en particular en la liturgia de la Epifanía, y forman parte de la fe común. En fin, ubicar el triunfo de la fe dentro de la ciudad de Jerusalén representa una tendencia de la época que volverá a ser herética y antiromana mucho más tarde con los alumbrados y algunas sectas luteranas. El cardenal Cisneros, franciscano que vino a ser jefe de la Iglesia española, fue el primero que pensó que una victoria de la Iglesia sólo podía ser completa con la reconquista de Jerusalén. La pretensión constante de Colón, y muy sincera, de ser el mandado de Dios en las tierras ibéricas, no estaba considerada como exorbitante por poderosos clérigos. Colón fue un hombre que intentó siempre arraigar sus convicciones y sueños en una dimensión escrita de la historia humana y, para él, el éxito de su viaje, a pesar de las muchas dificultades, fue la confirmación de las predicciones de Isaías.

EVELYNE KENIG

París